

5.º



**PREMIO ENDIRA
CUENTO CORTO**

Resistencia

ALFONSO DÍAZ Y OTROS AUTORES

20 CUENTOS

BLIM · BREVE HISTORIA DE CÓMO UN GRINGO APRENDIÓ
INGLÉS EN CINCUENTA SIMPLES PASOS · CASA EN VENTA
CHIVO · EL BAILE DE LOS MANIQUÍES · EL SACRAMENTO DE LA CONFESIÓN
EL TÍO RUBÉN · EL TRÁMITE · EL ÚLTIMO DESEO
EL ÚLTIMO DÍA DEL VERANO · EXTRAÑO · LA MUERTE ENAMORADA
LAS VENUS DE JUÁREZ · LOS TACONES DE CLAIRE UNDERWOOD
NI TANTO QUE QUEME AL SANTO · PERIPLO · REGRÉSAME MI MUERTE
RESISTENCIA · SABOR A MÍ · YA LLEGARON LAS MUCHACHAS

endira

**¡Gracias por empezar a leer las
primeras páginas de este título!
Te doy un trato preferente porque lo
mereces, disfruta de esta lectura y no
te pierdas la oportunidad de tener este
gran libro en tus manos.**

**Saludos,
Editorial Endira**

Índice

Prólogo	11
Agradecimientos	15
Ya llegaron las muchachas	17
Extraño	31
¡Regrésame mi muerte!	41
Casa en venta	49
Blim	59
Sabor a mí	71
El baile de los maniqués	83
Chivo	89
El último deseo	97
El último día del verano	103
Resistencia	111
El tío Rubén	119
El trámite	127
Ni tanto que queme al santo	143
Los tacones de Claire Underwood	153
Las venus de Juárez	161
El sacramento de la confesión	175
Periplo	181
Breve historia de como un gringo aprendió inglés en cincuenta simples pasos	197
La muerte enamorada	207



Ya llegaron las muchachas

Carlos Campos



Carlos Campos es profesor, periodista, escritor e investigador de Ciencias Sociales y Humanidades, músico, melómano, cinéfilo y bibliófilo crónico. Escribe sobre realidades rotas, escenarios posibles con un enfoque irónico. Es responsable de “El libro de cabecera”, columna semanal del suplemento dominical Barroco de El Diario de Querétaro.

Cuando nació, un miércoles 26 de abril de 1978, en Querétaro, hubo una huelga de telefonistas que fue reprimida por la policía. Este hecho fue utilizado de pretexto por su padre para no presentarse al parto. Su mamá le decía que el doctor no necesitó darle una nalgada para llorar: “tú te pusiste a hablar; hasta la enfermera se espantó al escucharte”. Nunca sabrá si eso fue verdad, pero creció con este estigma.

—Apúrale, Martín, ya llegaron las muchachas.

No supe cuánto tiempo me quedé en silencio y con el celular pegado a la oreja. No, ni siquiera pensé que se trataba de una broma. Más bien lo atribuí a un error. Como aquella vez, cuando mi compadre Jorge me cobró, por error, un dinero:

—Y qué dijiste: “Ya se le olvidó cobrarme a ese imbécil”. ¡O me pagas o atente a las consecuencias, pendejo! No sabes con quién te estás metiendo...

—Compadre Jorge, bueno, ¡bueno! ¡Compadre Jorge!

—¡Qué! ¡Oh! ¡Perdóname, compadre! ¡Ching...! Era para otro Martín, el mecánico ese que quedó de cambiarle la banda de transmisión a mi coche, ¿se acuerda? —se esmeró en explicarme.

No, esta llamada no era de un número equivocado, sino de Estela, mi esposa desde hace diecisiete años.

—Martín, ¿me oyes? ¡Martín! ¿Dónde andas, carajo?

—Sí, sí, cielo... aquí, aquí estoy. Vine a lo de la entrevista de trabajo. ¿Qué pasó? —dije con torpeza fingida.

—Te digo que te apures, que ya llegaron las muchachas.

—¿Qué muchachas? —me dije, dudando si lo había dicho en voz alta o para mis adentros.

—No te tardes. Ya te estamos esperando.

Colgó.

Martina nació un año después de que Estela y yo nos casamos. La gente murmuraba que por eso nos habíamos casado, pero la verdad es que fue planeada. “Vamos a embarazarnos ahorita, Estela, quiero que mi hijo me vea sano y fuerte”, insinué en ese

entonces. Yo tenía treinta y cinco años. Estela, con diez años menos que yo, fue complaciente con mi insinuación.

El día de su nacimiento Martina lloraba melódicamente, como si estuviera cantando. Al abrir sus ojos, lo primero que vio fue el ramo de flores que yo le había traído a su madre. “Quiero ser vendedora de flores”, decía con el idealismo entusiasta de quien tiene ocho años. Cuando trataba de disuadirla, respondía: “piénsalo, papá, es un buen negocio: la gente siempre está necesitada de que le regalen flores”.

Sin planearla, casi dos años después, llegó Carolina. Con ojos más claros que los de su hermana, nació sin haber llorado tras el parto. “Dicen que cuando no lloran atraen a la mala suerte”, dijo mi suegra a las afueras del hospital. Vaya estupidez, Carolina siempre estaba en el cuadro de honor de su escuela. Si bien no era tan parlanchina como su hermana, destacaba por su inteligencia, sutileza y belleza. Martina, en cambio, siempre destacó por extrovertida, deportista, y por nunca quedarse callada.

En una ocasión, a la hora de la comida, una de las dos rompió la jarra de vidrio con agua fresca. Yo estaba en la recámara arreglando la puerta del clóset. Tras el ruido que produjo el impacto bajé las escaleras y corrí hacia el comedor. Estela estaba lavando en el patio.

—¿Qué pasó, Martina?

—Se cayó la jarra, papá.

—¿Quién la tiró?

—Nadie, se cayó sola.

—No se pudo haber caído así porque sí. Tú eres la mayor, dime quién la tiró.

—Te digo que se cayó sola.

—¿Tú la tiraste, Carolina? ¡Dime la verdad! ¿Tú la tiraste?

—Suéltala, papá. ¡Déjala! Por eso no te digo la verdad, porque te pones como loco.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué está llorando Carolina, Martín? —dijo Estela secándose las manos en su delantal.

—Que te lo expliquen ellas. Al parecer yo aquí no existo.

Nunca sabré quién rompió la jarra. Tras regresar a la recámara solo escuché murmullos de consuelo por parte de Estela. Carolina había dejado de llorar.

Su relación cómplice y hermética, me mantuvo al margen todo el tiempo. Con generosa frecuencia aceptaban a su madre dentro de su círculo de confidencialidad. “Te dije que tener una hija era la rifa del tigre, compa. Ahora con dos... ¡pues qué te digo!”, solía espetarme mi compadre Jorge cuando nos reuníamos en su casa los domingos. Sus comentarios no me afectaban en lo más mínimo. No era fácil, pero yo mismo me atribuía el enorme papel de protector. Dios me había concedido el honor de cuidar de estas tres mujeres. ¡Pero por qué de estas? Carajo, Dios.

En vacaciones de verano, antes de que Carolina entrara a tercero de secundaria y Martina a primero de preparatoria, decidieron buscar un empleo de medio tiempo. Ya para entonces las cosas con nuestra frutería no iban tan bien, nos habían puesto un Walmart casi en nuestras narices.

Un KFC del rumbo les dio trabajo. Tras firmarles una carta de autorización, que más bien era una constancia de deslinde de responsabilidades, se convirtieron en las nuevas asociadas (así llaman a los empleados en los restaurantes de comida rápida). Todas

las tardes o noches, dependiendo del turno, llegaban oliendo a manteca y pollo marinado. Con su primer salario, cuatrocientos sesenta pesos a la semana, nos invitaron a Estela y a mí a cenar gorditas y atole. Reunidos los cuatro en el comedor, Estela y yo nos dirigimos discretamente sonrisas cómplices al ver los rostros de orgullo de nuestras muchachas, reían al son de las anécdotas propias del primer empleo.

Un jueves, juntas las dos, como muchas cosas que hacían, nos pidieron permiso para ir al cine. Se iba a estrenar una película que habían esperado por meses, algo de un tal Harry o Peter. Con bufandas de franjas amarillas y marrón, salieron juntas de la casa desde las seis de la tarde.

No regresaron jamás.

Al principio fueron las especulaciones. Que el cine estaba lejos. Que como era estreno había ido mucha gente, y quizás habían decidido entrar a otra función. Que si la película era demasiado larga, que tal vez los horarios de las funciones se habían cambiado. Que se les había acabado la pila o el crédito de sus celulares y por eso no nos llamaban. Yo pasé de la molestia a la desesperación; Estela de la preocupación a la angustia. Su Jesús en la boca contrastaba con mis chingadamadres. Tragué saliva espesa y ácida.

Estela estalló en llanto.

—KFC, le atiende Mauricio, le informo que nuestro servicio comienza a partir de las diez de la mañana...

—Hola. Usted es el gerente, ¿verdad? Soy la mamá de Martina y Carolina.

—Hola, sí, soy el gerente. ¿Mamá de quién?

—De Martina y Carolina, las dos chicas que acaban de entrar a trabajar ahí.

—Claro, las conozco. Mucho gusto, señora. Dígame en qué le puedo servir.

—Fíjese, joven, que mi esposo y yo estamos muy angustiados. Verá, mis hijas no llegan a la casa desde ayer, y ya estamos muy desesperados. ¿Sabe usted por casualidad con quién se habrán ido?

Esa fue la primera de un interminable calvario de preguntas que inició en el restaurante de comida rápida y continuó hasta Agencia Especializada en Delitos contra las Mujeres: ¿Cuál es el nombre de las señoritas? ¿Son sus padres biológicos? ¿Consumen drogas? ¿Alcohol? ¿Cigarro? ¿Su esposo la golpea o la maltrata psicológicamente? ¿Y a las niñas? ¿Este es su primer matrimonio? ¿Su esposa fue abusada sexualmente de niña? ¿Fuma marihuana? ¿Vive en casa propia o renta? ¿Está segura de que las niñas no sufren ningún tipo de abuso en casa, tocamientos, caricias, insinuaciones, comentarios soeces? ¿A qué se dedica? ¿Este es su segundo matrimonio? ¿Cómo sabe usted que sus hijas siguen siendo vírgenes? ¿Seis cervezas medianas o grandes son las que consume a la semana? ¿Su esposa o usted consumen algún tipo de psicotrópico? ¿Qué tipo de ropa vestían sus hijas? ¿Cuántos novios han tenido sus hijas? ¿Cómo que no conoce a los amigos de sus hijas, señor? ¿Sus hijas los han visto a usted y a su esposa mantener relaciones sexuales? ¿Por qué les permitió trabajar en lugar de tenerlas en casa haciendo algo de provecho? ¿De niñas quién las bañaba, usted o su esposa? ¿Por qué les dio el celular siendo ellas tan chicas? ¿Por qué no traía saldo su celular siendo ellas tan chicas? ¿Por qué las dejó ir solas? ¿Por qué las dejó ir? ¿Por qué las dejó? ¿Por qué?

Nada.

Un mes después nos entrevistaron en tres progra-

mas de radio y en cuatro periódicos. En dos revistas locales se publicaron reportajes. Abrí una cuenta en Facebook y Twitter por insistencia de mi sobrina y de mi compadre Jorge a quien ya veía muy poco. Las fotos de mis hijas se esparcían con celeridad en las redes sociales. Diariamente recibía cientos de notificaciones. Los comentarios se multiplicaron, unos apoyando, otros, los menos, poniendo en tela de juicio el papel de Estela como madre y mi negligencia como padre. Algunos comentarios sugerían la posibilidad de que ambas eran lesbianas o de que se habían fugado con el novio. A los dos meses, las entrevistas se dieron en televisión y medios nacionales. La alternería de los equipos de producción trató de imponer su discurso:

—Si tu mensaje es intenso y mueve los sentimientos de la gente, es más fácil dar con los asesinos de tus hijas —me decía con tono impaciente la conductora minutos antes de iniciar el programa en donde iban a entrevistarme en directo. La entrevista se transmitiría en cadena nacional.

—¿Asesinos? No, señorita. Todavía no sabemos si mis hijas están muertas —gritó Estela de pronto. Hacía casi un mes que con su silencio había decretado un estado de vigilia perpetua.

Participamos en marchas contra la violencia. Estela, con el alma seca, rara vez emitía alguna palabra. Conforme ella perdía mechones enteros de cabello, yo nadaba en mis pantalones. Al principio nos contábamos por miles. Era impresionante ver los mares de gente recorriendo las avenidas con nuestras playeras blancas. Nos sentíamos cobijados entre la masa anónima de arengas y consignas. Unos días después, apenas logramos convocar

a unas veinticinco personas. Del compadre Jorge ya no tuve noticias. Al pasar una semana ya solo éramos Estela y yo, sin las tendencias en redes sociales, sin las playeras blancas, con nuestra ropa de siempre.

—¿Bueno?

Estela permaneció sentada mirando hacia la ventana, como si quisiera traspasar el vidrio. El sol comenzaba a ocultarse. Un par de platos de frijoles fríos permanecía intacto en el comedor.

—¿Cómo dice?

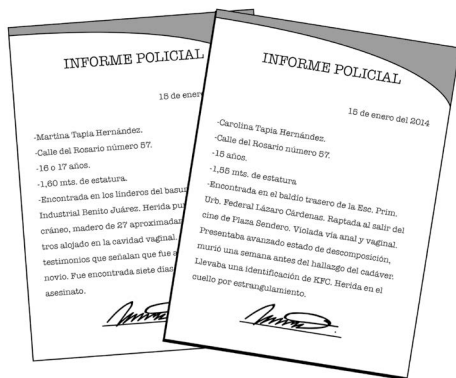
La leve brisa de la calle se filtró entre la persiana. Estela giró levemente la cabeza hacia mí. Su mirada era un túnel.

—¿Está seguro, comandante? Eso no puede ser posible, comandante, ellas... ellas...

Un hilo de saliva ácida me recorrió por detrás de las orejas. Las palabras se quedaron suspendidas en mis labios. Las encías secas temblaron al compás de mi mandíbula. De reojo noté que Estela estaba mirándome, pero no me atreví a decirle nada.

—Vamos para allá enseguida, comandante.

Entré solo. Me extendieron un reporte, con la deferencia de quien ofrece el menú de un restaurante de comida corrida



—Oiga, don, cuando termine me avisa para pasar a la identificación de los cadáveres.

—Pero, joven, esto no puede ser posible...

—traté de buscar respuestas a lo que estaba leyendo.

—Péreme tantito, don. ¡Chucho! ¡Chucho! ¿Ya puede pasar el don de las dos morritas? —dijo el sujeto que atendía la puerta del médico legista.

—Si quiere pasar que pase, güey —dijo una voz desde el fondo—, pero en chinga, porque están soltando un chingo de líquido.

—Va, güey. ¿Y qué pedo con eso, Chucho? ¿Jalas o te ahorcas, mamón? Un cartón a tu pinche Cruz Azul, puto... Pásele por este lado, don. Ah, pero primero regístrese aquí —supe que esto último iba dirigido a mí porque su tono había regresado al mismo matiz que el empleado usó cuando me recibió.

Sus cuerpos azules y desnudos tenían los labios de color violeta. Los hermosos ojos de Carolina se habían tomado grises. Una franja, de tono rojo intenso, recorría su cuello como una especie de collar de terciopelo. A Martina solamente pude verla de perfil porque la mitad del rostro estaba rota. Cuando ya no pude contener la respiración le pedí al sujeto que me sacara de ese lugar. Las piernas comenzaron a temblarme con violencia, a grado tal de que me oriné en los pantalones. Y lloré desafortadamente, sentado en las sillas de aluminio de aquella bodega en donde se encontraban los cadáveres de mis hijas muertas. ¿Realmente se trataba de ellas?

Al llegar a la casa, acudiendo al llamado de Estela, metí las llaves. Escuché el mismo barullo hogareño de cuando llegaba del trabajo y las muchachas se escondían. Cuando entré solamente encontré a Estela con

un plato de crepas de cajeta en cada brazo.

—Ya llegaron las muchachas —repitió con la misma emoción de cuando me llamó.

—Estela, por favor —dije tratando de atraerla hacia mí con un abrazo que de inmediato rechazó.

—Están en su cuarto, Martín —dijo con lágrimas nuevas en sus ojos. A pesar de que le temblaba la mandíbula trataba de sonreír.

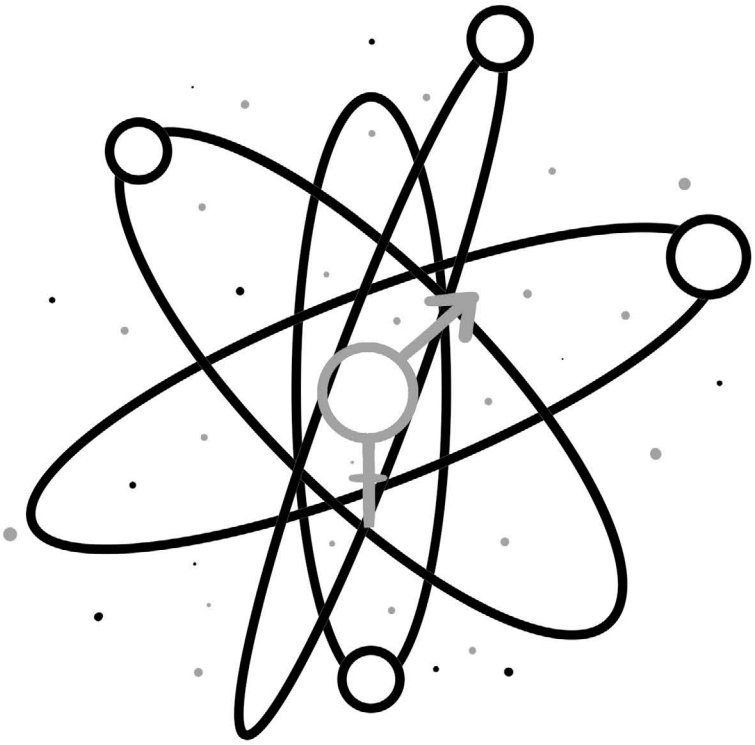
—Estela, por dios, no es necesario que nos hagamos más daño.

—Sube por ellas, ándale. Diles que ya bajen a cenar. Pero toca la puerta, no entres como siempre. Respeta su privacidad —dijo serena, apelando a una macabra cotidianidad que ya no nos era ajena. El olor a cajeta comenzaba a marearme.

Al subir la escalera, la imagen de mis hijas montando mi espalda, pintándose de payasitos en sus cumpleaños, probándose zapatos o mojándose en algún parque pasaron por mi mente como película muda. La puerta estaba entreabierta. En una de las paredes aún se mantenía pegado ese póster del niño mago que Martina le había regalado a Carolina en su cumpleaños. Las manos me sudaban. Sentí un ardor en el pecho que me hizo desear olvidarme de todo. Mis dientes rechinaron. Quería salir de ahí despavorido.

Y ahí estaban. Profundamente dormidas y exhaustas, como si hubiesen recorrido un largo camino de regreso a casa. El aroma del cuarto me arrancó un suspiro. Caí de rodillas y lloré inconsolablemente en silencio para no despertarlas.

Estela tenía razón: ya llegaron las muchachas.



Extraño

Margarita Bárcenas



Margarita Bárcenas estudió Sociología en la UAM-Xochimilco. Tiene un diplomado en Guion Cinematográfico y en Narrativa Cinematográfica. En 2013 publicó su primera novela "Trígonos, El laberinto de la realidad". Ha escrito dos guiones de largometraje y cuatro de cortometraje. Aún sin publicar tiene tres libros de poesía, una antología de cuentos y una novela. Se dedica a escribir porque es lo que le apasiona. Nació en la Ciudad de México, actualmente vive en Chiapas.

Estoy atenta, sentada en la tercera fila de la sala, a solo un par de minutos de que empiece la conferencia de Física Cuántica. A mi lado derecho solo hay un lugar antes del pasillo, uno de los pocos todavía libres. Alguien se acerca demasiado, me sorprende tal cercanía.

—¿Está ocupado? —su voz me destempla, me pone en un estado que no entiendo, solo dijo dos palabras y me desconcentra a tal grado que pierdo la atención en el exponente. Volteo de inmediato y nuestros ojos se encuentran, siento como si viera los ojos de alguien que conociera de toda la vida, pero no lo conozco.

—No.

El hombre, muy atractivo y de como cincuenta años, se sienta. Percibo su olor, oigo su respiración un poco agitada, como si hubiese acelerado el paso para llegar a tiempo y estuviera intentando regularizarla.

El exponente hace un par ajustes al equipo con el material audiovisual y se presenta. Pero no me importa lo que dice a pesar de tratarse de un tema que me interesa mucho, este hombre a mi lado me secuestra toda la atención. Jamás, en mis treinta años de vida, me ha sucedido algo así, su presencia tiene atrapados todos mis sentidos, aunque yo mire hacia el conferencista que empieza a exponer, todo mi ser se ocupa del hombre a mi lado sin siquiera mirarlo. ¡Lo siento! Siento cada uno de sus pequeños y discretos movimientos, su olor se cuela por mis fosas nasales, entra como en su casa y me recorre por dentro, puedo hasta sentir cada latido de su corazón, como si yo, o mi olor, o mi simple presencia, también se le metiera por algún sitio y le recorriera de igual modo las entrañas.

Me pongo inusualmente nerviosa, el pulso me tiembla ligeramente y se me cae el teléfono móvil. Nos agachamos al mismo tiempo y, aunque logro cogerlo antes que él, roza mi mano con la suya. Apenas un par de dedos suyos tocan un par de dedos míos y nos volvemos a mirar a los ojos.

—Perdón —dice, como si me hubiera molestado que lo hiciera cuando en realidad lejos de incomodarme me gustó el gesto amable e infantil de su intencionado roce.

—Gracias —le digo casi al mismo tiempo.

No puedo dejar de mirar sus ojos y él mantiene la mirada en los míos. Le sucede lo mismo, lo sé.

Me atrae tremendamente, sé que es mutuo y eso no puede sucederme a mí. Es imposible. ¿Es imposible? ¿Este hombre desconocido, que me parece tan familiar, despierta en mí lo imposible? ¡Sí! Es como instinto animal, elemental, cavernario. Trato de controlar mis pensamientos absurdos sin conseguirlo. Mi pulso sigue temblando, ahora perceptiblemente. Entrelazo mis manos para evitar que lo note y vuelvo mi vista al conferencista, ya no sé ni lo que dice. Siento su mirada y no me incomoda, me gusta, me cala, me halaga y unos segundos después me exige que le mire también.

—Lo siento, no puedo dejar de verte, es algo extraño...

—Te has dado cuenta de que me pasa lo mismo.

—Sí.

—¿Y?

—Ven —sé que mi sonrisa es idiota, igual que la suya.

Me coge de la mano y se para, me paro y camina un paso delante de mí sin soltarme, como si me jalara

con exigencia y yo me dejara llevar. Me parece una escena burda y machista, me siento estúpida de ser la protagonista en ella, pero no me resisto... quiero ir con él.

Salimos de la sala de conferencias, abre la puerta contigua, es una sala de juntas pequeña. Cierra la puerta y ahí, contra la puerta cerrada, me besa tan deliciosa y dulcemente que pierdo la cabeza. Sus manos sostienen mi cabeza contra su beso y no recorren ni un centímetro de mí; yo deseo que lo haga, que me toque, que me recorra el cuerpo con ellas. Interrumpe el beso y volvemos a mirarnos a los ojos.

—Vamos a otro lado —me parece un inteligente y caballeroso gesto que no me arranque ahí la ropa, aunque deseo que lo haga.

—Vivo muy cerca —estoy loca, ¡estoy completamente loca! Le acabo de ofrecer a este desconocido ir a mí casa que, aunque esté de vacaciones con su familia y me la haya heredado mi padre, es también de Verónica. Abre la puerta y sé que significa sí.

Caminamos la cuadra y media que nos separa de mi casa en silencio, agarrados de la mano como si fuéramos una pareja consumada y estuviéramos habituados a hacerlo, cómodamente, conectados en algo que no entiendo y no me importa no entender, no necesito entenderlo.

—Nunca antes había hecho esto —lo dice como si intentara justificarse, pero no me interesa si es la primera vez que lo hace o si está mintiendo.

—Yo tampoco —y lo digo literalmente, nunca he estado con un hombre y no quiero que lo sepa.

Saco las llaves de mi bolso, abro la puerta, cruzamos el pequeño patio delantero, abro la puerta in-

terior y tras cerrarla me besa de nuevo, ahí mismo, con la misma excitante y deliciosa dulzura que ya es también mía.

“Ningún hombre te hará sentir esto nunca”, resuena en mi cabeza aquella sentencia de mi primer experiencia sexual en Cancún, hace doce años, en la despedida de soltera de mi hermana, cuando me hundía en una crisis existencial por verla a punto de casarse y yo ni siquiera había tenido un novio ni quería tenerlo. Teníamos varias copas encima. Mi pareja desde ese día hasta ahora, me confesó su amor y la enorme atracción que sentía desde que me conoció en la prepa. A mí no me gustaba nadie, no sentía atracción sexual por nadie y me dejé llevar, quería probar. Dos días de terapia con una psicóloga me hicieron permanecer en esa relación hasta hoy. Solo fueron dos sesiones completas, empezando la tercera me sentí acosada por la hermosa psicóloga y me fui sin terminar la conversación. Nunca volví, pero fueron dos sesiones que marcaron mi vida definitivamente.

—Ni siquiera sé tu nombre —me dice mientras su mano llega a mi pecho.

—No quieres saberlo —y en realidad no importa. Sus manos tienen fuego, no me interesa su nombre ni a él el mío, ¿qué importa si se llama Eduardo o Ramiro? Me enciende irremediablemente, aunque me llame Roberta o Wilfrida.

Me carga y entrelazo mis piernas tras su cintura como si fuese mía desde hace tiempo. Llegamos a la habitación y, sin dejar de besarme, me desabrocha la blusa. Sus labios recorren mi cuello y se entretienen en mi pecho. Quiero saber, quiero saber si es cierto que no hay hombre sobre la tierra que me haga sentir, quiero seguir, quiero que siga, no nos detenemos.

Mi vientre es hoja en blanco donde dibujan delicias sus dedos, sus labios, su lengua. Mis labios son puertas, sus dedos llaves, su lengua se adueña de la casa y danza talentosamente.

Llueve, llueve, llueve.

Me besa y en su beso siento mi propio sabor. No hay mayor placer que tenerle dentro. “Tienes razón”, pienso como si ella pudiera escucharme romper el conjuro de aquella sentencia que ahora me parece maldita. “No es igual, no siento lo mismo, esto es un cosmos lleno de estrellas”. Ni siquiera puedo respirar. Mi corazón late tan aceleradamente que siento que voy a explotar. Y exploto, exploto como jamás había explotado. Explotamos, explotamos juntos. Miles de pedazos de mi vida se estrellan en el pecho de ese hombre desconocido que me ha reventado en deseo y placer, y se desvanecen para siempre como perversa mentira que se rompe ante una verdad contundente.

No podemos parar, no paramos hasta quitarnos todas las ganas y rendimos a todos los instintos. No queremos reservarnos nada. Nos agotamos completos. Nos quedamos dormidos.

Despierto. No está.

Junto a la cama, en la cómoda, está mi teléfono y al lado una nota con su nombre y su número.

No sé si lo vuelva a ver. No sé si lo llamaré o le enviaré un mensaje. No sé. Lo único que sé, hoy, es que soy heterosexual. ¿Una heterosexual atrapada en el cuerpo de una lesbiana?

No sé cómo se lo diré a Verónica, pero he roto el hechizo perverso de su estúpida sentencia.

¿Quieres continuar leyendo este libro?

¡ADQUIÉRELO!

Dale clic aquí

Envío GRATIS a toda
la República Mexicana



Encuétralo en tu
librería favorita

¿Tienes alguna duda?

CONTÁCTANOS

lectores@endira.com.mx



EditorialEndiraMX